



»grado al pecador, cualesquiera que fuesen sus  
»crímenes, desplegaba una caridad admirable  
»para levantarle, porque sabía que la miseri-  
»cordia es la compañera de una verdadera vir-  
»tud, mientras que la dureza caracteriza la fal-  
»sa. Manifestaba al penitente la más pura com-  
»pasion, y jamás era insensible á la desgracia  
»ajena. Sus esfuerzos tendían á sostener la union  
»de los espíritus por la paz interior; sólo hacia  
»la guerra á los que querían sembrar la discor-  
»dia, convencido, según la expresión del sabio,  
»que son odiosos al Señor. Era también sincero  
»y firme en sus discursos, celoso por el servi-  
»cio de Dios, moderado, económico, consejero,  
»prudente y sabio confesor. Entre tantas y tan  
»brillantes virtudes, las que debemos apreciar  
»é imitar más, son su humildad y castidad,  
»porque vivió como si no hubiese tenido cuér-  
»po, y murió llevando su virginidad á la  
»tumba.»

Pero si entre las instituciones humanas no  
hay una que en el decurso de los siglos haya  
correspondido siempre y exactamente al ideal de  
la pureza, ni que, salvo raras excepciones, se  
haya completa y constantemente realizado, ¿por  
qué hemos de admirarnos si, entre tantos mi-  
llares de conventos, se han hallado muchos que  
contrasten con pena con el cuadro que acaba-  
mos de trazar, que cayeron en la ignorancia y  
grosería en medio del tumulto de la guerra, que  
en medio de las riquezas se adormecieron en la  
molición, y cuyos religiosos, en vez de presentar  
la imagen de la humildad y de la concordia, se  
alzaron unos contra otros llenos de orgullo y  
ambición, en vez de la castidad votada se de-  
gradaron con los más vergonzosos vicios, y per-  
mitieron á los historiadores hostiles que toma-  
sen por tipo de la vida claustral lo que era una  
mera y deplorable aberración de la misma?

## CAPITULO XXVI

**Historia de las ciencias teológicas.—Trasformación de las escuelas monásticas y episcopal  
en universidades.—Su escolástica.—Su mística.—San Anselmo.—Abelardo.—San Bernardo.—  
Los místicos.—Literaturas nacionales.**

Hasta Gregorio VII la dureza de los tiempos  
no permitió á los germanos hacer verdaderos  
progresos en las ciencias, á pesar de algunos  
esfuerzos vigorosos que prometían buenos re-  
sultados. En el siglo X se habían casi borrado  
del todo los últimos vestigios del genio de Car-  
lo-Magno. Sólo en el siglo XI fué cuando se  
crearon establecimientos destinados al estudio,  
y en donde el deseo de saber se desarrolló con  
tanta rapidez, que en su famosa escuela del Bec,  
Lanfranco de Pavia fué rodeado de alumnos;  
su claustro fué mirado como el centro de los  
buenos estudios; los discípulos del piadoso An-  
selmo de Cantorbery, muerto en 1109, fueron  
comparados á un verdadero ejército; y un poco  
más tarde se vió que una multitud de oyentes  
seguían á Abelardo al desierto, reputándose fe-  
lices de conservar el alimento del alma, con-  
tentándose con dar al cuerpo los frutos de la  
selva.

Contribuyó poderosamente Gregorio VII á  
que el espíritu humano tomase este camino,  
porque su victoria fué el triunfo de la inteli-  
gencia sobre la brutalidad y la violencia. Mer-  
ced á la actividad de los monjes, empezaron á  
reaparecer los más célebres autores de la anti-  
güedad; se esparcieron por todas partes, y fa-

cilitaron los estudios literarios. En las escuelas  
claustrales y episcopales había excelentes maes-  
tros, que daban con gozo y libremente la ins-  
trucción, por la que les estaba prohibido perci-  
bir retribución alguna. Á medida que se fué  
vulgarizando este espíritu nuevo, se vió cómo  
escuelas inferiores se trasformaron en univer-  
sidades, las cuales, no atreviéndose á abarcar  
todavía la totalidad de las ciencias, se conten-  
taban con cultivar algunos de sus ramos, tales  
como la medicina en Salerno, el derecho en Bo-  
lonia en 1200, la dialéctica y la teología en Pa-  
ris en 1206 (1). Sin embargo, ya se reconocía la

(1) Además de estas tres universidades pueden con-  
tarse las siguientes que fueron creadas en la misma  
época: 1.º, En Italia: Vicenza, 1204; Padua, 1222; Ná-  
poles, 1224; Verceil, 1228; Placencia, 1246; Treviso,  
1260; Ferrara (1264) 1391; Perugia, 1276; Roma, 1303;  
Pisa, 1343, y restablecida en 1472; Pavia, 1361; Paler-  
mo, 1394; Turin, 1405; Cremona, 1413; Florencia, 1438;  
Catana, 1445. 2.º, En Francia: Montpellier (1180), 1289;  
Tolosa, 1228; Lyon, 1300; Cahors, 1332; Aviñon, 1340;  
Angers, 1364; Aix, 1409; Caen, 1433 (1450); Burdeos,  
1441; Valence, 1453; Nantes, 1463; Bourges, 1465.  
3.º, En Portugal y en España: Salamanca, 1240; Lis-  
boa, trasladada á Coimbra, 1290; Valladolid, 1346;  
Huesca, 1354; Valencia, 1410; Sigüenza, 1471; Zarago-  
za, 1474; Avila, 1482; Alcalá, 1499 (rest. 1508); Sevi-  
lla, 1504. 4.º, En Inglaterra: Oxford, 1249; Cambrid-  
ge, 1257. 5.º, En Escocia: San Andrés, 1412; Glas-



union íntima de las cuatro principales ciencias (1); y una ingeniosa tradición hacia mirar como hermanos á los tres grandes maestros de la época, Pedro Lombardo, célebre teólogo, Graciano, sabio catedrático de derecho canónico, y Pedro Comestor, famoso autor de la historia escolástica. Se sentía la correspondencia de las cuatro ciencias maestras con las necesidades del hombre, y se consideraba la teología como el término de todas las ciencias, de la propia manera que el Verbo divino es el alfa y omega de todas las cosas.

Los estudiantes se dividían en *naciones*, gobernadas por procuradores (*consiliarii vel procuratores nationum*), elegidos por los decanos, otros dignatarios que presidían las subdivisiones formadas de provincias y diócesis. Los procuradores elegían al rector. Estas universidades tuvieron generalmente un origen eclesiástico en lo concerniente á sus rentas y al interés con que las honraron los papas. Inocencio III, por ejemplo, mandó que la universidad de París tuviese ocho catedráticos de teología, cada uno de los cuales estaría obligado á estudiar las otras ciencias durante ocho años, y cinco la teología, ántes de entrar en el uso de sus funciones. Si el estudiante no era eclesiástico y carecía de beneficio, cuidaba la Iglesia de atender á sus gastos para evitarle la distracción por las necesidades de la vida. Para colmo de precauciones, en las poblaciones en que había universidades se procuraba, hasta con la amenaza de penas espirituales, que los artículos de consumo no se encareciesen de una manera exorbi-

gow, 1454; Aberdeen, 1447. 6.º. En Borgoña: Dole, 1426. 7.º. En el Brabante: Lo vaina, 1426. 8.º. En Alemania: Viena, 1365; Heidelberg, 1387; Colonia, 1388; Erfurt, 1392; Ingolstadt, 1401; Wurtzbourg, 1403; Leipzig, 1409; Rostock, 1419; Greifswalde, 1456; Friburgo, 1457; Basilea, 1460; Tréveris, 1472; Tubingen, 1477; Maguncia, 1477; Wittenberg, 1502; Francfort sobre el Ode, 1506. 9.º. En Bohemia: Praga, 1347. 10.º. En Polonia: Gracovia (1347), 1400. 11.º. En Dinamarca: Copenhage, 1479. 12.º. En Suecia: Upsal, 1477. 13.º. En Hungría: Fankirchen, 1367; Ofen, 1465, y Presburgo, 1467.

(1) Cf. § 227, la nota 11, y la obra de San Buenaventura, *Reductio artium liberalium ad theologiam, Staudeinmaier*. De las universidades y de su organización., Tub., 1839.

tante. Cuando en la Iglesia ó en el Estado se trataba de algun negocio grave, se pedía el parecer de los catedráticos; y muy á menudo se estaba por lo que ellos decidían, como lo prueban de una parte el sínodo de Gerstungen en 1085, y de otra el parecer de los catedráticos á la dieta de Roncaglio.

El mundo cristiano de la Germania había empezado á desarrollarse interior y exteriormente bajo Carlo-Magno; el torrente de la inmigración de los pueblos se había detenido; pero había ahogado ya hasta los últimos vestigios de la civilización romana. La paz exterior conducía á la paz interior; y entónces se vió desarrollar insensiblemente, luégo de haberse totalmente extinguido la cultura pagana, esas formas particulares del espíritu humano, designadas bajo los nombres de la *escolástica* y la *mística*, cuyas semillas desde mucho tiempo habían empezado á germinar. La escolástica y la mística debieron su origen á un solo y mismo esfuerzo del espíritu, que se manifestó bajo dos aspectos diferentes, aplicándose sea á la clara percepción, ó al sentimiento profundo de las cosas.

El alejamiento de Dios por el pecado, y la reconciliación con Dios por la gracia, son las ideas fundamentales del cristianismo. Luégo, como al separarse de Dios el hombre ha sido muerto, no tan sólo en su vida moral, si que también en la intelectual, es preciso que el cristiano, á medida que adquiere la conciencia de sí mismo, procure restablecer la union y semejanza del hombre con Dios por su inteligencia y voluntad, por la ciencia y por la vida práctica. Efectivamente, lo que es la teoría para la práctica, lo es la escolástica para la mística; y nada quizás caracteriza mejor esta grande obra de la restauración católica en la edad media como estas palabras de Ciceron: *Vetus quidem illa doctrina eadem videtur, et re facienda et bene dicendi magistra*.

Por de pronto, ¿qué es la escolástica en su esencia? Un racionalismo sobrenatural. La escolástica parte de la enseñanza de la Iglesia, y se esfuerza en hacer ir acordes la fe y la razón, y en hacer salir la ciencia de la fe. Á imitación de Orígenes, su objeto es reducir á sis-



tema el dogma, y fundar una filosofía de la religión. La misma tendencia había prevalecido en los primeros siglos. De aquí es que todos los escolásticos ortodoxos sostuvieron con los alejandrinos, San Agustín y Escoto Erigena este principio fijo á su modo de ver: *La fe precede á la ciencia, y fija sus límites y condiciones* (1). Partiendo de este principio llevaron hasta las consecuencias más absolutas la teoría de la percepción y de la idea, como se vió, por ejemplo, en la disputa del Nominalismo y del Realismo.

Háblase mucho de los elementos que Platon y Aristóteles han suministrado á la escolástica; y aun los hay que les atribuyen una influencia decisiva en su dirección general; mas en el fondo, ni el uno ni el otro tienen relación esencial é íntima con la escolástica, ó con la filosofía de estos tiempos. No pretendemos negar por esto que Platon haya llamado la atención de los teólogos escolásticos por la analogía de su doctrina con los principios de la revelación, y su ardiente deseo de llegar por la ciencia á algun resultado positivo y práctico. Por este motivo los Padres de la Iglesia le habían lla-

(1) *Guitmond*, discípulo de Lanfranco y más tarde arzobispo de Aversa, dice: «Non enim idcirco magnum hoc atque saluberrimum credere non debemus, si in hac vita, quomodo fiat, capere non valeamus: cum necessario multa fide teneamus quibus nostra caecitas aut multo magis, aut certe non minus, repugnare videtur... Non enim praecepit tibi Christus: *Intellige*, sed crede. Ejus est curare quomodo id, quod fieri vult, fiat: tuum est autem non discutere, sed humiliter credere, quia quidquid omnino fieri vult fiat. Non enim intelligendum prius est, ut postmodum credas, sed prius credendum, ut postmodum intelligas. Nec propheta Esaias, VII, 9, dixit: Nisi intellexeritis, non creditis; sed: Nisi crederitis, non intelligetis.» (De Corp. et sang. in Max. Bibl. t. XVIII, p. 445-46). Respecto á Anselmo, véase el párrafo siguiente; *Alejandro de Hales* dice también: «In logicis ratio creat fidem, in theologicis fides creat rationem; fides est lumen animarum; quo quanto magis quis illustratur, tanto magis est perspicax ad inveniendam rationem.» *Santo Tomas de Aquino* raciocina de la propia manera: *dei Veritate cath. fidei christianae non contra gentes*, l. I, c. 7; cuyo título es el siguiente: «Quod veritate fidei christianae non contrariatur veritas rationis;» y en él nos dice: «Quamvis autem praedicta veritas fidei christianae humanae rationis capacitatem excedat, haec tamen, quae ratio naturaliter indita habet, huic veritate contraria esse non possunt.»

mado el Moisés ático, y consideraban la profunda inteligencia del *padre y jefe de la filosofía*, como le llama San Ambrosio, como el primer resplandor de la revelación naciente (1). San Justino mártir y Clemente de Alejandría habían hablado ya con entusiasmo de los pensamientos y lenguaje del *maestro por excelencia*, y no temieron en apropiarse las mejores partes de su filosofía. Más tarde, cuando por la caída de Orígenes se siguió algun menoscabo á la reputación de Platon, Agustín defendió al filósofo, y le protegió con su nombre y autoridad. Es igualmente innegable que Aristóteles ejerció una autoridad poderosa en la edad media, y se conoce la influencia de estos dos axiomas de su metafísica y de su lógica: 1.º No hay más ciencia verdadera que la de las cosas necesarias y generales. 2.º Toda ciencia se compone de tres cosas: de principios, definiciones y demostraciones, ó en otros términos, de silogismos. Pero la influencia de Aristóteles y de Platon no fué más que mediata, y como lo habían hecho precedentemente Boecio y Casiodoro, se echó mano de los elementos peripatéticos y platónicos de una manera esencialmente cristiana. El mismo espíritu que indujo á Boecio á traducir la *Lógica* del Estagirita, condujo á Reichard á explicar las *Categorías* en el convento de San Burghard en Wurtzbourg (2). Otro tanto puede decirse de Alberto Magno, de Santo Tomas de Aquino y de otros escolásticos que, contribuyendo con sus comentarios á vulgarizar á Aristóteles y Platon, se valieron de ellos para sus propias exposiciones. Conocían más particularmente á Platon por la obra de San Agustín sobre la *Ciudad de Dios*, en donde este gran padre considera la filosofía platónica bajo muchos respectos, pero siempre bajo el punto de vista cristiano. Los escolásticos siempre supieron distinguir el fondo de la for-

(1) Cf. *Clemens Alexandrinus*, Strom. lib. I, c. 7. *Minutius Félix*, in Octavio: «Animadvertitis philosophos eadem disputare quae dicimus; non quod nos simus eorum vestigia subsecuti, sed quod illi de divinis praedicationibus prophetarum umbran interpolatae veritatis imitati sunt.» *Lactantius*, Divin. Institut. libro VII, c. 7.

(2) Cf. *Heeren*, Historia de la literatura clásica de la Edad Media, segunda edición, t. I, p. 226.



ma dialéctica. Para el fondo se recurría á Platon, y para la forma silogística se acudía á Aristóteles. Sin embargo, escolásticos muy célebres, tales como San Anselmo y San Buenaventura, se emanciparon completamente del rigor silogístico, y dieron rienda suelta á su espíritu (1). Esta notable actividad de los escolásticos de la edad media ha llamado la atención de los grandes espíritus de todos los tiempos, y ahora se empieza á apreciarla como se debe. Sólo ha sido negada á la escolástica su importancia científica, por la parcialidad ó medianía que ha desdeñado la especulación, por parecerle demasiado árdua ó demasiado peligrosa. Todos los profundos pensadores, así de la Iglesia como fuera de ella, desde Bossuet y Leibnitz hasta Hegel, la han altamente apreciado. Nadie seguramente piensa en resucitar la escolástica; pero esta ciencia, esta energía del pensamiento que la distinguía, su respeto, su amor caballeresco, su ardor por la verdad, ¿quién en nuestros tiempos no quisiera verlos reaparecer? ¿Quién no desearía ver tomar á la teología en la propia fuente ese fecundo vigor de que por desgracia está privada, desarrollar lo que la escolástica había comenzado con tanta energía, seguido tan vivamente y adelantado tanto, y demostrar al fin, especulativamente y por la ciencia, las verdades que los hechos y la historia nos han colocado fuera de duda?

Lo que hemos dicho de la escolástica se aplica igualmente á la mística (2) de la edad media. Ésta tomaba sus inspiraciones del Evangelio de San Juan, de los escritos de Didimo y de Macario el Antiguo (3), y sobre todo las de

(1) El escolástico (de *schola*) era el que luego de haber acabado sus estudios llegaba á ser el jefe de una escuela superior. La teología escolástica era más profunda, por oposición á la teología positiva, que se encerraba en los límites de la tradición.

(2) De la palabra griega *myein*, cerrar, encerrarse; la acción de cerrar los ojos como señal de la vida interior.

(3) Neander, Hist. de la fundación y gobierno de la Iglesia por los Apóstoles, t. I, p. 670: «San Juan tenía ménos cuidado en desarrollar sus ideas que San Pablo, dialéctico criado en la escuela de Gamaliel. En San Juan domina el elemento intuitivo, las grandes ideas de la vida interior, que engendra la contempla-

San Dionisio el Areopagita, por el cual se unía á la escuela neoplatónica. Los místicos, como los neoplatónicos, prescribían la mortificación de los sentidos para alcanzar una unión práctica, santa y viviente con Dios. Conviene, sin embargo, no olvidar aquí una diferencia esencial y muy á menudo desconocida; la mística cristiana, partiendo del hecho de la caída primitiva, tiende á restablecer la unión y semejanza del alma con el espíritu divino, mientras que el neoplatonismo, desconociendo la caída original, pretende llegar á la absorción total del alma en Dios, que es lo que constituye el panteísmo. Por lo mismo la primera se abstiene de hacer abstracción de la materia y del cuerpo, como los platónicos; á su vista el cuerpo es una cubierta necesaria, manchada, en verdad, con el pecado original, y que pone estorbos, no á la edificación del alma, que es imposible, sino á su actual semejanza con Dios.

La escolástica y la mística son, pues, la una para la otra lo que la ciencia es para la vida. Mientras que la primera tan sólo se ocupa en los principios teóricos, la segunda tiende á realizar inmediatamente los datos de la fe; la una se ocupa principalmente en investigaciones científicas, mientras la otra enseña de una manera positiva y por medio de una predicación viviente. De aquí proviene el que todos los místicos, desde San Bernardo hasta Tomas de Kempis, fueron, ú oradores distinguidos, ó escritores edificantes. Gerson, no ménos versado en la escolástica que en la mística, que sabía apreciar su valor respectivo y sus derechos, limitaba su esfera y relaciones con estos términos: «En la escolástica domina el poder de la inteligencia para percibir la verdad (*potentia intellectus circa verum*); en la mística domina el poder de las afecciones para gustar el bien (*potentia affectum circa bonum*). El autor de la *Imitacion* nos revela el mismo pensamiento, cuando dice: *Opto magis sentire compunctionem, quam scire ejus definitionem*, lib. I, capítulo I.

Este contraste, resultado ordinario del desdén, más que las nociones racionales, que profundizan hasta los pormenores»



arrollo activo del espíritu humano, era sobremanera necesario en los tiempos de que se trata. La mística produjo las cruzadas, la arquitectura gótica y otras consecuencias del mismo género, y tomó cuerpo, por decirlo así, en los templos góticos antiguos. En efecto, ¿no son acaso ellos la expresión de un sentimiento profundo que, lleno de amor y de ardor, se eleva hácia el Omnipotente en alas del entusiasmo? El espíritu suspira en las ojivas de las catedrales como en las páginas de Tomas de Kempis. Pero sin la escolástica, la mística hubiese degenerado luego, porque á menudo veía las cosas por un solo lado, y apreciando únicamente la práctica, desconocía el valor real de la ciencia, y caía más fácil y frecuentemente en el error que la escolástica. Pero ésta, á su vez, necesitaba la mística y su reacción para no separarse desde luego de la vida positiva. También ella se encuentra como materializada en las catedrales antiguas, porque esas bóvedas y columnas que se arrojan en el espacio para perderse en delicadas ramificaciones, en figurillas casi imperceptibles, y sin embargo, ejecutadas con un primor delicado, parece son la imagen de las cuestiones, de las tesis, de las respuestas, de las distinciones y de los numerosos y sutiles casos de la escolástica. Por esto el verdadero teólogo reúne en sí las dos tendencias: la profundidad íntima del sentimiento con la claridad de la concepción y la perspicacia del pensamiento. Y en efecto, así es como sucedió con los principales personajes de la edad media, como un Hugo de San Víctor, San Buenaventura y mil otros.

Entre los primeros hombres que manifestaron claramente esta doble tendencia en sus obras, conviene contar á Escoto Erigena, en el cual la forma es viva ni más ni ménos que la ciencia. En cierta manera se le ve filosofar en el diálogo de su principal obra, en donde se descubre la secreta ocupación de un genio, cuyas especulaciones más atrevidas corresponden á los más profundos sentimientos. Por esta razón empieza por Erigena el primer período de la escolástica, y se extiende hasta Pedro Lombardo y la escuela de San Víctor. Llega á su apogeo bajo la dirección de los franciscanos

y dominicos en el segundo período, que se extiende desde Alejandro de Hales á Duns-Escoto, y empieza á decaer y cae en el tercer período, que termina en el renacimiento.

La escolástica de Escoto Erigena fué tomada con nuevo ardor en la cuestión de Berenger sobre la Eucaristía, y el movimiento de los espíritus le imprimió entonces un vuelo atrevido. Al principio de esta época, su representante más ilustre fué San Anselmo de Cantorbery, primeramente discípulo de Lanfranco, y luego su sucesor en la abadía del Bec, igualmente que en la silla primacial de Inglaterra, en donde murió (1093-1109). En el mismo tiempo que se consagraba con actividad á los deberes prácticos de su estado, había hallado el tiempo de profundizar y apropiarse el platonismo de San Agustín, del que se valió con grande habilidad (1). Su punto de vista fundamental se puede resumir en estos términos:

El hombre es la imagen de Dios; pero esta imagen es un mero bosquejo, que debe ser desarrollado y llegar á la conciencia de sí misma. Pues el hombre, que es un ser limitado, no puede por sí solo alcanzarlo, y le es preciso la ayuda de una excitación objetiva, ó procedente de afuera, que le llega bajo la forma de revelación y es admitida por la fe. La ciencia, pues, nace primero de la fe, y de ahí el título de una de las principales obras de Anselmo: *Fides quaerens intellectum*. Al propio tiempo Anselmo mira como un deber sagrado el trabajar seriamente en elevar la fe á ciencia; de modo que faltar á esto sería, en su sentir, un descuido imperdonable, que expondría á los cristianos á quedarse inferiores á los gentiles (2). Por esto

(1) Sus escritos son: *Monologium*, *Proslodium*; *Cur Deus homo?* de *Conceptu virginali*; de *Originali Peccato*; epp. lib. III; *Meditationes XXI* (Op. omn. Gerberon. Par. 1675, ed. Ben. Par. 1721, 2 t. in fol.). Cf. *Billroth*, de *Anselmi Prosl. et Monol.* Lips. 1832.

(2) Anselmo, dice: «Non tento, Domine, penetrare altitudinem tuam, quia nullatenus comparo illi intellectum meum; sed desidero aliquatenus intelligere veritatem tuam, quam credit et amat cor meum. Neque enim quaero intelligere ut credam, sed credo ut intelligam; nam et hoc credo, quia nisi credidero non intelligam.» (Prosl. c. 1.)—«Sicut rectus ordo exigit ut profunda christianae fidei credamus priusquam ea praesumamus ratione discutere, ita negligentia mihi